



CON LOS MUEBLES EN LA CALLE

LO de las casas de renta antigua, la especulación del suelo y las entregas más Banco ya está pasando de la raya. Cada día son más frecuentes en Madrid escenas como la de la foto, donde una honrada familia pequeñoburguesa se encuentra con los muebles en la calle, porque su casa de renta antigua ha sido expropiada para hacer un aparcamiento subterráneo, una Torre de Valencia o una ciudad deportiva del Real Madrid. La gente vivía feliz en sus casas apuntaladas de renta antigua, como si nada, y de pronto la piqueta municipal, o los agiotistas, que siempre están agiotando, se presentan y hale, a la rue. Esto no puede seguir así. A dónde vamos a parar. Ahí tienen ustedes a este honrado cabeza de familia, con el sombrero de su abuelo que se pone en casa, para evitar corrientes y pasmos, con la sinfonola familiar, con un cuadro de calendario dignamente enmarcado, con el pájaro raro que cazó un día en el Retiro con escopeta de aire, contraviniendo castizamente las severas ordenanzas municipales al respecto (y que es cruce de canario y buitre), con todo. Y ahí tienen a la santa, abnegada y desprevénida esposa, que se estaba secando el pelo cuando llegaron los agiotistas y los inmobiliarios con sus planos y sus bull-dozers. Entre ambos muestran la exhausta bolsa de los ahorros familiares, donde van reuniendo los intereses de una cartilla de ahorro-vivienda. ¿Y ahora qué? Llevan así varios días en un céntrico cruce madrileño. A ella, que se estaba quitando las durezas de los pies con una lima de pan duro, no le dieron tiempo ni a coger los zapatos chatos, impacientes los especuladores por tirar el castizo inmueble galdosiano y levantar un Banco. La gente pasa y les da su óbolo, pero no basta, porque los óbolos, ahora, son flotantes. Les han prometido un piso de renta limitada a sólo tres días de la Puerta del Sol, pero vaya usted a saber. O interviene Cáritas o el turismo, que está al caer, se encontrará con este lamentable espectáculo. Han ido a ver bajo el Puente de Toledo, pero está todo a tope. Seguiremos informando de este triste caso. ■ Francisco UMBRAL.



BRUTAL EVASION DE CAPITAL

Me lo han contado. De pé a pá. A nivel de rumor. Como quien no cuenta la cosa. Aseguran que puede ser, que vaya usted a saber. Que en El Tren de la Esperanza, bajo las colchonetas de las camillas de los enfermos floridos de fe, viaja tela marinera, lo que se dice evasión de capital, que, que sí, que bajo los lechos de los pobres mártires de sus circunstancias, bajo ellos, va la pasta. Millones y millones con destino a Lourdes, que está en el extranjero según me cuentan.

Quien mete el dinero en tan inexplicable lugar es un pez gordo. Y depravado, porque eso de jugar con los males ajenos para, en definitiva, estafar al Estado es igual de lamentable que los males. Un ser capaz de usar como arma de despiste la posibilidad de contagio, ya por sí cuenta algo de cómo debe ser el tene-

broso personaje. Los aduaneros, caramba, también son humanos. El pez gordo en cuestión sabe jugar con los sentimientos, ya sean de esperanza ya sean de precaución.

Y los enfermos marchan con su fe año tras año a no curarse en su casi multitudinaria mayoría —eso sí que es fe además de buen negocio para la Renfe—, y mientras tanto, un sinvergüenza evade capital como quien lava. Y uno aquí, a quien el Señor no le ha dotado de fe, a sufrir las consecuencias. Porque las cifras ya repercuten en unas 14 pesetas por español. Y uno es español. Y catorce pesetas son catorce pesetas. Un desayuno con churros. Un alimento, vamos.

EL TAMPAS

